

EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Subscripción: Barcelona, ptas. 1'50 al mes. Fuera, ptas. 3 trim. Extranjero ptas. 9 trim.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES

Escudillers Blanchs, 3 bis, bajos.

ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES

Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 630.

Crónica diaria. La tarifa postal.

El Círculo de la Unión Mercantil ha recibido una comunicación suscrita por importantes entidades de Berlín, Colonia, Copenhague, Bruselas, Viena, Stokolmo y Budapest en la que se recomienda que el comercio y la industria de España, como de los demás países interesados, inicien un movimiento general y público para obtener del Congreso de la Unión postal Universal que ha de celebrarse en Madrid en el año 1913 la extensión de la tarifa postal interior de los Estados al tráfico internacional a partir de 1.º de Enero de 1915, esto es, la aplicación de la tasa de diez céntimos para las cartas destinadas al extranjero.

Las razones en que se fundan las expresadas entidades son las siguientes: La citada reforma produciría un aumento extraordinario en el tráfico postal de las naciones adheridas a la Unión Internacional, las cuales, aunque de momento sufriesen disminuciones en la recaudación producida por la venta de sellos, bien pronto verían compensado tal quebranto, no sólo con el aumento del tráfico postal, sino también con el de entrada de Aduana, ya que la tarifa actual que existe, sin variar desde hace treinta y siete años, por ser generalmente doble que la tarifa establecida para el interior, dificulta en gran manera la comunicación con los países extranjeros con gran perjuicio del comercio internacional.

Es de esperar que la opinión de los comerciantes e industriales españoles se interese por tan importante reforma, induciéndoles a prestar su cooperación valiosa para su eficaz implantación.

Gaceta.

La Diputación de Navarra abre un concurso para la provisión de la plaza de director del Laboratorio químico provincial, dotado con el sueldo de 4,000 pesetas anuales.

También anuncia la misma Diputación la provisión de la plaza de capataz celador de los viveros de vid americanas, con el sueldo de 1,500 pesetas y dietas de salidas, y dos plazas de capataces bodegueros.

Se nos suplica la inserción del siguiente escrito:

Amb motiu de celebrarse el proper dissabte, dia 21, l'inauguració oficial del nou local de l'Ateneu Pi i Margall, de la Barceloneta, s'han organitzat la següent serie d'actes y festes:

Dia 21, a dos quarts de deu de la nit: Grandiós miting inaugural ont hi pendrán part els prestigiosos oradors de l'U. F. N. R., senyors, Xavier Gambús, Enric Vila, Ignasi Ribera y

Rovira, Oriol Martorell, R. Roig Armengol, Albert Bastardas, Francisco Layret, Pere Cominassas y Jaime Carner.

Al día siguiente, a les deu del matí: S'hi celebrarà l'examen dels nois y noies de les escoles que sosté dit Ateneu.

Dia 29, festa major de la barriada, a les deu del matí: Inauguració oficial del Dispensari públic-gratuit, amb assistència de les autoritats y prohoms de nostre partit.

A les onze: Solemne entrega del premi Albert Magriñá y altres als alumnes que'n resultin guanyadors.

Xamosa festa infantil en la que hi pendrán part els aplaudits orfeons Mossén Cinto y Catalunya Nova.

Nit, a les deu: Gran ball de rams. El local estarà espléndidament adornat pel celebrat adornista senyor Vilanova y el ball amenizat per l'orquestra Els Tranquils, de Sant Martí.

Dia 30, a dos quarts de deu: Concurs de ballets populars per l'Associació L'Esbart de Dangaires de Catalunya, els quals donarán a conèixer els típics balls de nostra aimada terra.

Davant les simpaties de que disfruta l'Ateneu Pi y Margall en el barri marítim, es de creure que tots els actes se veurán extraordinàriament concorreguts.

Mientras estaba el conserje del teatro Triunfo, sito en la calle de Rech Con'al, con otro obrero alquitranando la cubierta del indicado teatro, resbaló y fué a caer sobre una claraboya, cuyo cristal rompió, yendo a parar al suelo desde unos ocho metros de altura.

Llevado a la Casa de Socorro, el médico le apreció la fractura del fémur derecho y contusiones en diferentes partes del cuerpo, calificando su estado de pronóstico reservado. Después fué trasladado al Hospital de la Santa Cruz.

No faltan árboles notables en Cataluña. Entre los distintos ejemplares que podrían señalarse, existe en el término de Mollet del Vallès un notabilísimo pino rebolludo, que todo lo más contará setenta años y mide actualmente 3'52 metros de altura, 0'93 altura del tronco y 1'20 de circunferencia la copa, bajo cuya sombra pueden guarecerse más de cien personas.

Telefonemas detenidos en la Central de Teléfonos por no encontrar a los destinatarios:

De La Garriga, Plana de Vich, Gerona, 75 o 76; de Valencia, José Sarria, fundición artística; de Madrid, Teresa Castillo, Duque Victoria, 5; de Tortosa, Ignacio Valls, Recaredo, 43, 1.º, 1.º.

La Escuela Industrial de Barcelona anuncia las clases de Hilatura de algodón, primero y segundo curso, que tendrán efecto de siete a nueve de la noche.

La solicitud de matrícula deberá presentarse en la secretaría de la Escuela, cualquier día laborable de cuatro a seis de la tarde.

Queda abierta la matrícula para las clases de la sección completa de Industrias textiles y para las del Laboratorio de Estudios superiores de Química.

Telegramas detenidos en la oficina de Telégrafos por no encontrar a sus destinatarios:

Quintanar, serena, Franseguera; Ubeda, Porta; Jaén, Gimbernati, para San Sebastián; Valencia, Francisco San Just, lista; Jumilla, Dínas Pizarro, rambla Cataluña, 27; Sevilla, Francisco Vega, Conde Asalto, 50.

Conferencias y reuniones.

Se invita a los oficiales colchoneros a la asamblea general que se celebrará hoy, a las nueve de la noche, en el local social.

El Ateneo Enciclopédico Popular ruega a todos los socios inacritos a la sección de Literatura y Bellas Artes que no dejen de asistir a la reunión que celebrará la Junta de la misma hoy, a las diez de la noche.

La Sociedad Joventut Els Girondins d'U. F. N. R. celebrará esta noche, a las diez, reunión para el cambio de Junta.

Se invita a todos los obreros carpinteros de Barcelona a la reunión que se celebrará hoy, a las nueve de la noche, en la calle de Tallers, número 14, principal, al objeto de aprobar los estatutos para organizar la clase.

La Sociedad de obreros peluqueros El Figaro invita a los socios a la reunión general extraordinaria que tendrá lugar hoy, a las diez y media de la noche.

La Sociedad de Geografía Comercial de Barcelona ha organizado para mañana, a las nueve y media de la noche, en el salón de actos del Fomento del Trabajo Nacional una conferencia a cargo de don Joaquín de la Llave y García, general de brigada del Cuerpo de Ingenieros y miembro de la Junta de la Sociedad Geográfica de Madrid, que desarrollará el tema "Recuerdos de Bulgaria y Rumania desde el punto de vista económico."

El Centro Regional Valenciano celebrará el próximo domingo una excursión a Moncada, saliendo de Barcelona a las seis en punto de la mañana en el tren de la línea de San Juan de las Abadesas, estación del Norte.

Se invita a los afiliados al Centro Socialista Obrero de Barcelona a la asamblea general que se celebrará el próximo domingo, a las cuatro de la tarde.

El acto tendrá lugar en el local de la Agrupación Socialista, Amargós, 22, 1.º

Reorganizadas las escuelas de la Institución Horaciana de Cultura, sigue abierta la matrícula para el curso de 1912 a 1913 en su local social, Mercaders, 26, principal.

El Gobierno ha concedido al Ateneo Valentino de Literatura y Arte una subvención de tres mil pesetas.

Con tal motivo dicha entidad prepara un grandioso festival en su teatro.

Continúa abierta la matrícula gratuita para las enseñanzas elemental y superior, que comenzarán el 1.º de Octubre.

En la secretaría del Ateneo, Consejo de Ciento, 263, bajos (junto Aribau), se facilitan detalles de doce a una y de seis a siete.

En el Centre Federal Nacionalista Republicà del Clot se celebrará el día 29 del corriente un gran *lunch* democrático a las cinco de la tarde en celebración de la inauguración de la Joventut Federal-Nacionalista Republicana del Clot, que será presidido por los distinguidos correligionarios F. Layret, A. Bastardas, J. Ribera Rovira, Oriol Martorell, D. Roig y Pruna, J. Gambús, A. Nin y N. Rovira, delegado del Comité de Joventuts, los cuales, después del *lunch*, dirigirán elocuentes discursos a los comensales. La banda Obrera Martinense, dirigida por su director, don R. Losada, obsequiará a los concurrentes al banquete con un espléndido concierto.

Precio del cubierto, 1'50 pesetas.

En el Ateneo Sindicalista hoy, a las diez de la noche, el conferenciante Luis Capdevila disertará sobre el tema "Flamenquismo, alcoholismo y militarismo." El acto será público.

Por acuerdo de la Junta del Casino Constancia Progresista se invita a todos los republicanos, sin distinción de matices, a la velada necrológica que tendrá lugar el día 21 del corriente, a las diez de la noche, en la calle de San Pablo, 75, principal, en honor del general Villacampa y en conmemoración del hecho del día 19 de Septiembre de 1886.

Bolsin mañana.

Interior, 85'55 papel; Nortes, 102'80 dinero; Alicante, 98'15 operaciones; Orenses 26'45 operaciones.

La coquetería femenina hace 1,300 años.

La coquetería femenina no data de ayer; el culto de la tualète y de los adornos es de todos los tiempos, como tampoco son invención del siglo pasado los artificios usados por la mujer para disimular faltas o aumentar bellezas. Léase sino lo que escribía en el año 220 San Clemente de Alejandría, uno de los padres de la Iglesia, que en su célebre apología del siglo III estigmatizó duramente la corrupción en los adornos y en el gusto de la mujer en lo tocante a la coquetería y a la perfumería.

"No hablemos—decía—de los medios que emplean las mujeres para engañar. Las que son bajas cosen en sus zapatos gruesas plantillas de corcho; las que son altas, por el contrario, usan suelas extremadamente lige-

ras y finas y cuando salen tienen gran cuidado de llevar la cabeza baja. Si sus caderas son lacias y sin gracia espesan sus vestidos con trozos de tela aplicados sobre las partes del cuerpo que les parecen defectuosas, a fin de que las personas que van a visitarlas se extasién con la elegancia de sus formas y de su porte... Si sus cejas son rubias las ennegrecen con bolfin; si son negras las blanquean con blanco de cerusa; si son demasiado blancas, una mixtura especial destruye esta blancura, y si tienen los dientes bonitos rien sin cesar para que admiren la belleza de su dentadura."

Como se ve, las mujeres hacen hoy lo mismo que 1,300 años antes hacían las damas a que se refiere el santo de Alejandría.

Pidiendo unos ojos.

En Denver (Estados Unidos) debe ser en breve electrocutado un asesino. Enterado de ello un ciego apellidado Abrams, ha dirigido a los jueces la carta que sigue:

"Pido que me den los ojos del asesino que va a ser electrocutado. Estoy ciego y si me los dan podré recobrar la vista. Mi cirujano asistirá a la ejecución. Así que el condenado muera, y su fallecimiento sea comprobado oficialmente, arrancará los ojos al cadáver, los colocará en una solución salina e irá con ellos inmediatamente a un hospital cercano,

donde yo le aguardaré, y rápidamente colocará las córneas del ajusticiado sobre las mías, según un método nuevo, pero ya sancionado por la experiencia."

El cirujano aludido se ha presentado, por su parte, a los jueces, y les ha dicho que se compromete a realizar la operación.

Los jueces no saben qué hacer; pero parece que accederán para que el pobre ciego peticionario no les acuse luego de haber impedido que recobre su vista.

En busca de la Atlántida.

Refiere *The Standard*, de Londres, que un lord inglés, acompañado de varios capitalistas, se ha embarcado para México, en Liverpool. Va en busca de la Atlántida, el misterioso continente que, según la tradición, unía a Europa con América, y que se hundió en los mares a consecuencia de un cataclismo geológico.

El citado lord ha dicho a un periodista, antes de partir, lo siguiente: Estoy convencido de que la Atlántida existió. Los griegos antiguos hablaban de que sus antepasados tuvieron que resistir y rechazar una invasión terrible de unos hombres procedentes del Océano Atlántico. Dichos hombres, llamados atlantes, habitaron una tierra más grande que la Libia y el Asia reunidas.

La tierra citada comenzaba cerca de las columnas de Hércules. Después de batallas colosales, libradas en mar y tierra, los atlantes fueron rechazados por los griegos, unidos ante el peligro común. Refieren también los historiadores griegos que la Atlántida se hundió una noche en el mar, quedando sólo sobre las aguas los picos de sus más altas cordilleras.

En Egipto también existía una tradición análoga. Algunos sabios dicen que se trata de una alegoría alusiva a cuentos mitológicos. Pero otros han asegurado que la tradición de la Atlántida se basa en un hecho cierto. Dicen que las islas Canarias, Madera y Cabo Verde son las partes más altas del contingente sumergido.

Está comprobado que los primitivos habitantes del archipiélago canario, los guanches, eran hombres de gran estatura. Así eran también los atlantes a que se referían los griegos y de que habla Platón. Yo creo que la Atlántida comenzaba cerca de la Península ibérica y se extendía hasta la América Central. En mi opinión, las islas de que está sembrado el mar de las Antillas son picos de las montañas de la Atlántida. Esta terminaba en lo que es hoy el Yucatán mexicano. Voy a Yucatán y comenzaré mis investigaciones inmediatamente. Utilizaré en ellas seis submarinos y un gran dique flotante. En el mar de las Antillas hay grandes tesoros. Ellos me indemnizarán de los grandes gastos que haga.

Lección de modestia.

Una legión de turistas visitaba hace poco la casa de Beethoven, en Bonn.

Al llegar a la habitación donde el coloso compuso la mayor parte de sus obras, una señorita se sentó al clavicordio y con más pretensiones que arte ejecutó el famoso adagio de *A la luz de la Luna*.

Concluida la sonata, se acercó al celador que acompañaba la expedición y con aire de

superioridad le preguntó:

—¿Quién fué el artista que tocó últimamente en este instrumento?

—Señorita, yo no recuerdo de ninguno. Lo que sí puedo decir es que hace pocos días estuvo aquí Paderewsky con sus amigos y como éstos le instigaran a que tocara algo del inmortal Beethoven, él exclamó:

—¿Qué profanación! ¡Yo no soy digno!

—Mi tía—respondió con voz conmovida—ignoraré siempre quiénes han sido los autores de la sustracción de su hija; no sentiré más que la alegría sublime de encontrarla. Y como en su generosidad y por el amor que me tiene me asignará una espléndida dote, yo, no pudiendo rehusarla, por no descubrir la verdad, la renunciaré en favor de mi padre y tuyo.

Por vez primera Manuela sintió el amor maternal.

—¿Y tú te quedarás privada de todo?—murmuró, evitando las miradas de su hija.

Los ojos de Nora estaban radiantes de altivez, de orgullo.

—No pienses en mí—respondió—. Ya tengo trazado mi destino.

—¿Me asustas! ¿Qué te propones hacer?

Nora sonrió con resignación.

—Nada—exclamó—que haya de llevar el luto a la casa de mi adorada tía, que tiene el derecho a la felicidad. Da paz a tu conciencia, mamá; no es tu hija la que te dé ramordimientos o quiera quitarte aquel dinero que tú tanto estimas y que a mí me causa horror y maldigo porque fué la única causa de vuestro delito, de mi desventura.

Manuela volvió a caer en la poltrona y se ocultó el rostro entre las manos, sin pronunciar palabra.

Nora la dirigió una mirada profunda, en la que había una mezcla de compasión y de desprecio, y se alejó, dejándola sola.

VI.

Nella estaba acurrucada a los pies de Aldo Serra, con la rubia cabeza apoyada en las rodillas de él, que con mano trémula trataba en vano de acariciarla.

—¿Te encuentras mejor hoy, querida niña?—le dijo él con una dulzura conmovedora.

Nella fijó sus abatidos ojos en su padre y sonrió.

—¡Oh, mucho mejor, papá!—respondió con una angelical sonrisa—. He tenido esta noche un sueño delicioso; me parecía que estaba en un paraíso y he visto a mamá tenderme los brazos.

Aldo sintió una violenta emoción.

—Los ángeles descienden algunas veces a la tierra—dijo—. Así... mamá. Yo no veré más a la mía.

—¿Y quisieras ir a verla?

—Sí, papá; ¡se debe ser tan feliz en la otra vida!...

—¿No amas, pues, a tu pobre padre, ya que no vacilarías en dejarlo solo? No había reproche en el acento de Aldo, sino sólo un inmenso dolor.

Nella lo comprendió y se levantó vivamente, echándole los brazos al cuello.

—¡Perdón... papá, perdón!... Yo soy mala, ingrata; hablo sin reflexionar; pero te amo mucho y jamás te abandonaré.

Aldo tenía lágrimas en los ojos.

—Querida niña... Temo que tengamos que separarnos.

Nella le miró con espanto.

—¿Por qué?—dijo con ímpetu—. ¡No... no, papá!... Estate tranquilo; tu Nella permanecerá siempre a tu lado.

—En efecto, ¿podía permitir el destino que mi hija *resucitase* para quitármela luego, de repente, cuando mayor necesidad siento de tenerla a mi lado?

Nella, que no podía comprender el sentido de aquella frase, preguntó asombrada:

—¿De qué hija hablas?

Aldo la atrajo hacia sí y, apoyando sus trémulos labios en la frente purísima de la joven, dijo:

—Escúchame, Nella; yo te contaré una historia maravillosa, una de esas historias que cuando niña escuchabas con ojos desencajados y sumergida en una especie de éxtasis. Yo tenía una hija que adoraba, una niña rubia, de grandes ojos azules que reflejaban el cielo, una criaturita toda encanto, sonrisas. Esta pequeñuela amaba la música, las flores, los pájaros; pero amaba sobre todo a su pobre padre y a su nodriza. Yo no podía imaginar que hubiese sobre la tierra una criaturita igual; vivía por ella, para ella componía mis más bellas melodías y estaba seguro de que si ella moría no tardaría yo en seguirla.

Nella, que había vuelto a acurrucarse a los pies del enfermo, escuchaba el relato con apasionada atención, fijando sus grandes ojos en aquel rostro venerando, que la emoción animaba, dando a su acento una claridad, una vibración como hacía mucho tiempo no había tenido.

—Sin embargo, aquella niña maravillosa murió—continuó el artista—y yo viví; pero mi alma seguía incesantemente a la suya y en mis negras noches la llamaba con acento desesperado, pidiendo a Dios que me la devolviese, que hiciese un milagro para mí. ¡Y el milagro se hizo una noche de luna, una de esas noches divinas que nos hacen soñar despiertos, remontarnos al imperio de la poesía; tocaba yo mi violín, ejecutando aquellas composiciones que tanto entusiasmaban a mi hija... cuando ésta se me apareció viva, radiante, tendiéndome los brazos, llamando en voz alta a su pobre padre. El milagro se había hecho, repito; yo estrechaba otra vez contra mi corazón a mi Nella adorada.

La joven le interrumpió con un grito de estupor.

—¿Esa Nella era yo?

—Sí, ángel mío.

En los labios de la joven se dibujó una sonrisa de incredulidad.

—¿Y yo había estado verdaderamente muerto?

—Yo mismo coloqué el cadáver en el ataúd, después de haber tratado en vano de reaccionarlo con mis besos; yo cubrí el cuerpecito de flores, acompañé el ataúd al cementerio y me desvanecí al lado del nicho cuando le enterraron.

—¿Y dices que yo volví después a tu lado?—preguntó Nella, que comenzaba a atontarse.

—Sí, tú, un mes después.

—Papá—dijo Nella con acento suplicante—, en esta historia hay un misterio que yo no me puedo explicar. No puedo creer en mi resurrección... Papá, dime toda la verdad; no soy yo aquella niña primera... Si aquella pequeña ha muerto verdaderamente, yo no soy tu hija.

Nella, que había pronunciado estas palabras con una especie de angustia, sintió el corazón oprimido al ver el rostro del enfermo contraerse y escaparle de los ojos un raudal de lágrimas.

—¿Así, pues, lo he adivinado?—balbuceó la muchacha cruzando las manos y mirando al enfermo, que lloraba en silencio—. ¿Tú no eres mi padre?

Aldo hizo un signo negativo; la emoción le ahogaba, le impedía hablar.

Nella recostó su rubia cabeza en las rodillas del enfermo y prorrumpió en desgarradores sollozos.

Aquel descubrimiento la había aterrorizado. ¿No le bastaba renunciar al joven que amaba, sino que tenía también que ser herida en sus afectos más íntimos, en la adoración filial tenida hasta entonces para el artista? ¿Quién era, pues, ella? ¿Una muchacha sin nombre y sin familia?

—Nella—dijo Aldo, que fué el primero en reponerse, y con una voz que habría conmovido a una piedra—, no me recrimines por haberlo callado hasta ahora; escúchame, quiero que tú me juzgues y que si he obrado mal me lo digas para mi castigo.

Nella levantó el angelical rostro, bañado en lágrimas, y con un gesto de inefable ternura tomó una mano del enfermo y, llevándosela a la boca, la besó.

—Tú no puedes haber obrado más que por mi bien—murmuró—. Ni yo tengo el derecho de juzgarte, cualquiera que sea la cosa que hayas de decirme. Yo pienso sólo que tú me has querido y que me quieres; habla, padre mío; te escucho con toda el alma. ¿Cómo vine yo a tu lado? ¿Quién soy?

Aldo, que la miraba conmovido, reconocido, murmuró en voz baja, dulcemente:

—Es lo que voy a decirte. La historia maravillosa que voy a contarte es verdadera. Hace quince años murió mi hija única, una niña de dos años, cuyo retrato, que parece el tuyo, aun conservo.

—Es verdad.

—Yo había concentrado en aquella niña todos mis afectos; por ella vivía y su muerte me hirió tan terriblemente que me volví loco.

Nella experimentó un brusco sobresalto.

—¡Loco!—repitió.

—Sí, no te asustes—agregó Aldo—; mi locura era dulce, inofensiva, no perjudicaba a nadie; yo pasaba los días al lado de la cuna de mi hija, tocando el violín, pareciéndome que ella estaba allí escuchándome. Una noche, acababa yo de ejecutar una composición así, cuando mi ángel surgió entre las cortinas del lecho...

—¿Era yo?

—Sí, tú, el retrato viviente de mi Nella, que, como ella, me sonreías llamándome papá y batiendo palmas al sonido de mi violín. La violenta emoción que sentí al verte me hizo perder el conocimiento; cuando recobré el sentido, había recuperado también la razón. Comprendí entonces que no podías ser mi hija; pedí una explicación a Rosa y ésta me dijo que eras una pobre huérfana, que tus padres no tenían con qué mantenerte y que podías quedarte conmigo para siempre. No pregunté más; era demasiado feliz. Creí que se había hecho el milagro pedido, y, temiendo que alguien viniese a reclamarte, dejé enseguida Italia y te conduje con Rosa a América. ¡Qué feliz fué aquel tiempo para mí! Ah, aquellos años, dedicados todos a ti, fueron los más felices de mi vida!

—Tampoco yo los olvido—sonrió Nella besando otra vez la mano del artista—. Sí... me guarde lo que quiera el porvenir, recordaré siempre aquellos años de mi infancia, los cuidados, el afecto que tenías para mí y que nunca te agradeceré bastante.

Aldo le sonrió con lágrimas en los ojos y prosiguió:

—Tú crecías bella, estudiosa, pura como los ángeles, produciéndome la ilusión de que eras realmente la hija de mi sangre, de mi amor; yo no veía más que por tus ojos; el mundo me parecía un paraíso porque tú lo habitabas. Si sentía ambiciones era por ti sólo, a la que habría querido hacer la criatura más feliz de la tierra. Y cuando la desgracia me hirió...

—Por causa mía—interrumpió Nella profundamente conmovida.

—No, tú no tuviste la culpa, pobre niña mía, y nunca como entonces sentí la dulzura de tenerte a mi lado, de ser querido por ti. Un día fueron a pedirme tu mano. Por primera vez, después de tantos años, un dolor punzante barrenaba mi corazón; temblé pensando que iba a encontrarme nuevamente solo. Sin embargo, como no soy egoísta, no quise perder la ocasión de asegurar tu bienestar, tu porvenir. El hombre que te ofrecía con su corazón su nombre y sus riquezas era digno de la hija de un rey. Pero ¿podía yo ocultar a aquel gentilhomme que no eras mi hija y que desconocía a tus padres y hasta el lugar de tu nacimiento? Yo soy honrado, Nella, y no transijo con mi conciencia; pero temía por ti las consecuencias de mi revelación.

Un ardiente rubor asomó a las mejillas de la joven.

—Y bien—preguntó anhelante—, ¿hablaste?

—No hubo necesidad—respondió dulcemente Aldo—, porque tú no amabas a aquel hombre, le rechazaste y me dijiste que no querías separarte de mí; respiré, callé y me forjé la ilusión de que mi felicidad duraría siempre...

pero nuestra venida a Italia ha destruído mi sueño... y aquí donde te he encontrado... te pierdo...

Nella miró a su padre con ojos en los que se reflejaba el espanto.

—¿Perderme? ¿Por qué razón? ¿Hay alguno, pues, que tenga derecho sobre mí?

—Sí, Nella—respondió con voz trémula el enfermo—. Rosa me había engañado... hasta ayer no lo supe. Y mientras yo te revelo a ti las páginas más dulces y las más dolorosas de mi vida, la novela de tu existencia, Rosa, a los pies de tu madre, que hace quince años que te busca y llora, la cuenta cómo te encontró.

—¡Mi madre!—gritó Nella poniéndose en pie, blanca como la nieve—. ¡Mi madre que me busca y llora desde hace quince años—repitió.

Y como si de repente se hiciese la luz entre las tinieblas de su mente, gritó:

—¡Dios mío! ¿Seré yo la hija de la condesa María?... Pero ¡no... no!... ¡Sueño... o enloquezcó!

—No... Nella—respondió con voz entrecortada el enfermo—, conservas toda la razón... y has adivinado. Tú eres aquella niña cuyo retrato viste, aquella niña cuya pérdida costó la vida a su padre y llenó de luto la existencia de la condesa de Rienzi... ¡Tú eres Nina!

La joven había caído de rodillas ante Aldo.

—¿Mi madre la condesa María?—dijo con un acento de ternura inexpressable y con los ojos húmedos y radiantes, fijos en el enfermo—. ¿Es posible? ¿Es realmente posible?

Pero casi enseguida se puso lívida.

—¿Y fué Rosa la que me robó a mi madre?—agregó con voz ahogada.

—No... no la acuses—respondió vivamente Aldo—. Rosa no es culpable; he aquí lo que me contó a mí y está repitiendo en este instante a la condesa. Rosa te encontró semidesnuda y hambrienta en el bosque, cerca de la casita donde yo habitaba y había muerto mi hija. Rosa supuso que habías escapado del lado de una banda de zingaros que había pasado pocos días antes por aquellos lugares y alguno de cuyos individuos te robó a tus padres. Rosa te llevó a casa, te cuidó como una madre y cuando comenzaste a reponerte probó a interrogarte. Pero tú no lograbas explicarte en tu lenguaje infantil y sólo pronunciabas palabras sin sentido. Rosa había quedado sorprendida por tu semejanza con mi hija y su sorpresa y su emoción aumentaron cuando tú, oyendo el sonido de mi violín, gritaste batiendo palmas: «¡Papá!» Fué entonces cuando se le ocurrió a Rosa la idea de servirse de ti para salvarme; te colocó en la cuna de mi Nella, enseñándote lo que tenías que hacer para ver a tu papá. La prueba resultó, Rosa no tuvo valor ya para separarte de mí... y, temiendo que alguno te buscara, con el fin de acallar todo escrúpulo mío me dijo que eras una huérfana y aprobó nuestra partida para América.

—¿Pero Rosa no sospechó nunca que yo pudiese ser la hija que la con-

desa María lloraba como perdida para siempre?—observó Nella—. Su hermano Pietro, criado del conde, ¿no le había hablado nunca de mi desaparición?

—No—repuso Aldo—; entonces no supo nada, y aun cuando se hubiese enterado de aquella desaparición tampoco se habría imaginado que se tratase de tí, porque la casita donde yo habitaba distaba más de un centenar de kilómetros de la quinta de la condesa. Pero ahora, al regreso a Turín, oyó hablar de la niña que la condesa perdió hace quince años, te oyó decir que habías visto el retrato de la chicuela y que se te asemejaba... y se le ocurrió pensar si serías tú la niña tan buscada y llorada. Todo esto me lo confesó ayer Rosa sollozando y agregó que, deseando aclarar sus dudas, fué al palacio Rlenzi para hablar con la señorita Clelia y pedirle que le enseñase el retrato de la desaparecida. En efecto, la dama de compañía de la condesa le enseñó el retrato y a Rosa le pareció verte tal como estabas cuando te encontró en el bosque, reconociendo en la fotografía la medallita que tú llevabas al cuello y que ella guardaba celosamente. Rosa quizás habría callado aun por unos días su descubrimiento; pero cuando te vió enferma, te vió llorar y envidiar a la condesita Nora, no pudo resistir y se decidió.

Nella, roja de vergüenza, de confusión, se ocultó el rostro entre las manos.

Aldo prosiguió:

—Rosa se confesó conmigo y yo lloré con ella; pero no vacilamos ni un instante en el cumplimiento de nuestro deber. ¿Y ahora nos perdonarás tú el que no te hayamos revelado antes tu origen? Y en la nueva existencia que se te prepara ¿no olvidarás a este pobre enfermo, que tanto te ha amado, y a esa buena Rosa, que fué para ti una segunda madre?

Nella lanzó un grito y se arrojó en los brazos de Aldo, besando aquellas mejillas demacradas, bañadas de lágrimas sagradas.

—Padre mío—dijo la joven con voz clara y firme—, no tengo nada que perdonaros a ti ni a Rosa, que vivisteis para mí, por mí sufristeis y a mí me lo sacrificasteis todo. Y te juro que si la condesa María me quisiera separar de tu lado, renunciaría a seguirla a llevar su nombre... Pero no... mi madre no lo hará, tiene demasiado corazón... me ama mucho y sabrá cuánto te debo.

Un rumor de sollozos se oyó en la estancia.

Aldo y Nella lloraban abrazados.

En aquel momento sonó la campanilla de la puerta.

VII.

Entre la condesita Nora, que había luchado consigo mismo desesperadamente para acallar cualquier impulso malo, para sofocar los espasmos de su corazón, salvar a los suyos y proceder con la frente alta, con una sonrisa de

mártir en el camino del sacrificio; la señorita Clelia, que no quería que se empañase el honor de la casa Rienzi, y Rosa, que deseaba reparar la grave culpa de su hermano sin manchar su memoria, se había establecido un pacto generoso, sublime, que tenía por objeto la felicidad de la condesa María y la de Nella.

Nora, cuando su tía la hizo llamar y en presencia de Mario y de la marquesa Silvestri, la dijo con una sonrisa radiante:

—Te has engañado, querida mía, en tus suposiciones, y tu sueño, que es también el mío, se verá realizado. El marqués Mario, con pleno consentimiento de su madre, me ruega que interceda cerca de tus padres para que le concedan tu mano.

—No puedo aceptar ese honor—respondió la joven con una firmeza y una energía de la que no se habría creído capaz y sin que su voz temblase—. No, no me he engañado en los sentimientos del marqués hacia mí; sin embargo, no sólo no le guardo rencor, sino que le estoy muy reconocida. Me duele, querida tía, el tener que matar tus ilusiones, pero estoy cansada de mentir. Cuando te confesé llorando que amaba al marqués Mario, no decía verdad; cuando acusé a Nella de ligereza y coquetería, cometía una infamia. El deseo de triunfar sobre aquella muchacha, superior a mí en belleza, bondad e inteligencia; la rabia, los celos al verla objeto de las atenciones del marqués y de los homenajes de todos los hombres que antes se inclinaban únicamente ante mí, me volvieron mala, cruel. Pero ahora que se trata de empeñar mi porvenir, de unir dos destinos tan diferentes, no quiero profesar una nueva mentira que no me sería ya perdonada. La amistad, la fraternal confianza que me inspira Mario, no tiene nada que ver con el amor que yo quiero sentir por el hombre que ha de ligar su existencia a la mía; el sentimiento sublime que el marqués siente por Nella es desconocido por mi corazón y no tiene nada que ver con la amistad que Mario siente por mí; así, pues, si nos casáramos, seríamos dos infelices.

El dolor, la sorpresa de la condesa María y la indignación de la marquesa Silvestri fueron el más terrible castigo para Nora, la cual hacía esfuerzos sobrehumanos para no prorrumpir en llanto; Mario, sin embargo, tomó su defensa.

—Cierto—dijo con voz conmovida—que usted obró mal engañando a su tía y a mi madre, dejando creer en un sentimiento que no experimentaba y dirigiendo una vil acusación contra una joven pura e inocente. Pero su sinceridad merece perdón y reclama la mía. Yo me habría casado porque este era el deseo de la condesa y el de mi madre y porque creía que no haciéndolo también sería usted desgraciada. Y aun no amándola con ese amor con que yo he soñado, habría sido para usted un compañero fiel, afectuoso, que no habría tratado de turbar nunca la quietud de su alma. Pero ahora opino como usted, que la estima, la amistad, no bastan para asegurar el bienestar del matrimonio. Y la estimo su franqueza, tanto más cuanto estoy seguro de que usted se halla dispuesta a reparar el daño causado a Nella.

—¡Oh, sí!—prorrumpió con arranque Nora—Desde el día que la vi sufrir al escuchar que usted era mi prometido, no tuve ya paz. Nella es un ángel, merecedora del cariño de usted, del de su madre y del de mi tía, y yo misma la quiero como una hermana y no tengo otro deseo que obtener su perdón.

Estas palabras de Nora, su humildad, desarmaron a la condesa María y á la marquesa Silvestri, que no supieron guardarla rencor. Mario, por su parte, bendecía a la joven con todo el corazón, porque con su franqueza le había devuelto la felicidad.

—¡Ah! ¿Por qué tu cabeza no vale lo que tu corazón?—dijo la condesa María lanzando un suspiro, cuando su amiga y Mario se hubieron marchado.

—Porque—respondió con inmensa ternura la joven—mi corazón, querida tía, ha sido formado por ti, únicamente por ti, mientras que mi cabeza tiene todas las ligerezas de mi madre y las locuras de mi padre. Mi corazón en este momento sufre mucho por el disgusto que te ha dado; pero mi cabeza busca en vano algo con que repararlo. Sin embargo, tía, te quiero mucho, mucho, y pienso noche y día cómo podría hacerte feliz. Por cierto que esta noche he tenido un hermoso sueño; soñé que yo misma había encontrado a tu hija, a tu Nina adorada. E iba a conducirla a tu lado cuando desperté.

Las lágrimas velaron los ojos de la condesa y su mano trémula se posó en la negra cabeza de Nora.

—No era más que un sueño—dijo con una triste sonrisa—. Pero te agradezco tu pensamiento delicado.

—¿Y por qué no podría realizarse?

—Sería una locura esperar ya después de quince años. Pero cuéntame tu sueño; mi Nina era pequeña; ¿tú la viste crecer?

—Alta como Nella y con una semejanza tan perfecta que yo creía que era ella cuando me dijo: «Soy Nina, la Nina que tú buscas, que tú invocas para consolar a tu tía; llévame a sus brazos.»

La condesa era presa de una emoción que no lograba dominar.

—Basta, basta—murmuró—; sufro mucho dejándome arrullar por las ilusiones que tus palabras me hacen concebir; sin embargo, cuando vi por vez primera a Nella creí tener delante a mi hija. Por esto era por lo que deseaba siempre tenerla al lado y por lo que lloré cuando me dijiste que era indigna de mi afecto.

—Perdóname, tía querida, perdóname; estaba celosa; pero mañana iré a pedirle perdón, a abrazarla y te la traeré aquí.

—¡Querida Nora!

Y la condesa, llorando de alegría, estrechó a su sobrina contra su pecho.

El día siguiente la buena señora se encontraba aun bajo aquella impresión cuando Nora fué a sus habitaciones. Lá muchacha estaba palidísima; pero sus facciones permanecían serenas y sus ojos brillaban de un modo singular.

—¡Tía, tía, si supieses!—dijo abrazándola y sonriéndola con una gracia fascinadora.

El envidioso.

Un día se presentó en mi casa un hombre muy flaco. No se había lavado la cara, ni peinado el pelo, ni cepillado la ropa. Sus maneras me hicieron comprender inmediatamente que había descubierto todas las verdades que se ocultan en el vino.

—¿No me conoce usted, verdad?

—No recuerdo... no tengo el honor...

—¡Vaya!... Fijese usted bien.

—¡Ah!... Sí, hombre, sí. No le reconocí a usted al pronto por culpa de esos pelos tan largos.

—Pues me los corté ayer.

(¡Dios mío, qué dimensiones tendrían anteayer!)

—Sí, hombre, sí; ¿no he de conocerle?... Usted es el señor... el señor Guillermo... ¿No es cierto?

—Guillermo precisamente, no; Alejandro.

—¡Ah, sí!... Alejandro Gal.

—No; Alejandro Scherting.

—Ya recuerdo... de Debreczen.

—No; de Miskolez.

—Ahora sí que recuerdo. Fuimos compañeros de colegio.

—Nada de eso. Yo viví en la casa inmediata al solar donde estuvo la de usted.

—¡Dios mío! De eso hace ya un siglo. De aquella época no recuerdo más que el gusto que tenía el biberón. Como aún no tenía dientes, no podía comer otra cosa.

—Pues yo lo tengo bien presente. Yo fui quien le enseñó a usted el arte del columpio.

—Pues me lo enseñó usted tan a la perfección, que aun lo desconozco.

—Pues vea usted lo que son las cosas. Viene de un pelo el que yo no sea usted y que usted no sea yo.

—No sé quién hubiese salido perdiendo en el cambio.

—Nada de burlas; se lo suplico a usted. Yo no soy más que un misero escribiente; me colocan delante de los ojos un papel escrito y tengo que copiarlo en otro papel en blanco...

—Pues lo mío es aún peor; yo tengo que copiar las cosas en un papel blanco; pero nadie me pone delante otro escrito.

—Sí; pero mi oficio me vale con frecuencia muchos insultos.

—Y el mío me vale persecuciones y amenazas.

—Pero el nombre de usted es célebre en el mundo,

—También lo es el de ese bandido que aze sinó y robó hace poco a su padre.

—Además usted tiene dinero y yo no.

—¿Quiere usted que cambiemos nuestras deudas sin conocerlas?

—¡Diantre! Pero su cabeza de usted tiene más valor que la mía.

—No, señor. Fijese usted; yo estoy calvo por completo y usted conserva una abundante cabellera.

—Cierzo; pero por dentro...

—¡Ah! ¡Por dentro ya es otra cosa! Por dentro me faltan ocho muelas. El año pasado me sacaron tres de una vez; una porque estaba cariada y dos, que estaban sanas, por equivocación.

—Déjese usted de bromas, estoy hablando en serio... Le repito que usted debería ser yo y que yo debería ser usted.

—¿Y cómo se las ha arreglado la suerte para cambiar de este modo nuestro destino?

—¡Oh! Caballero, es una historia horrible. Cuando se la cuente a usted se convencerá de que tengo razón. Yo tuve una madre...

—¿De verdad?

—Sí, la tuve... Tuve una madre que fué hermosísima en sus buenos tiempos. Entonces yo aun no la conocía...

—¿Cosa más rara!...

—Bueno; hace tiempo, mucho tiempo, su padre de usted pidió la mano de mi madre, o, mejor dicho, de la que todavía no era mi madre, puesto que era soltera.

—No veo claro en el asunto. Todo eso son cuentos.

—Usted dispense; estoy seguro de ello. Si mi madre hubiese sido una mujer razonable, hubiese consentido. Pero era una criatura muy ligera de cascos, la pobre... Con su ligereza me fastidió de lo lindo.

—¿Quién sabe!

—Usted habla según su conveniencia, caballero. Su padre de usted obtuvo un buen empleo del Estado; usted aun no existía. El segundo pretendiente de mi madre fué un ingeniero, uno de cuyos hijos está empleado en el ferrocarril de Debreczen. Sueldo: dos mil florines. Otro es secretario del príncipe de Coburgo... El tercero es capitán del Ejército.

—Y, naturalmente, usted debía ser hoy esos tres.

—Sí, señor... Pero mi madre no quiso casarse tampoco con el ingeniero.

La tercera petición de mano la hizo un pastor protestante de Matyasfold. Mi madre le rechazó. En vista de ello el pastor se casó con otra; pero no tuvo hijos.

—Pues le fastidió a usted.

—No, señor. Mi madre fué pedida en matrimonio por cuarta vez por el señor Cserependy Pergo Boldiszar. Saponzo que usted conocerá al señor Cserependy Pergo Boldiszar, ¿verdad?

—No; pero conozco al señor Rakospalotay Slutivay Lutacsy Sandor.

—¡Canastos!... Bueno, no importa; el caso es que el señor Cserependy Pergo Boldiszar es una excelente persona.

—Pues no es cliente mío.

—Asómbrase usted: ese señor posee cinco mil fanegas de tierra, cerca de Tisza y para toda esa tierra no tiene más que un hijo.

—¡Cómo! ¿Sólo su hijo labora todo ese terreno?

—¡No se ría usted! He aquí lo que son las cosas; ese joven tiene un coche con cuatro caballos. Cuando le encuentro, pienso siempre en que debía ser yo quien fuese en aquel coche, yo quien guiase los cuatro caballos torcidos, quien diese órdenes al lacayo, yo quien hiciese asomarse a las condesas y marquesas a sus balcones para mirarme... ¡Ah! ¡Mi madre me causó un gran perjuicio! ¡Calcule usted! Como que ya se habían repartido las participaciones de boda... el contrato ultimado... en fin, que estubo en un tris que yo fuese el heredero del señor Cserependy Pergo Boldiszar; pero el mismo día de la boda, una hora antes de la señalada para la ceremonia, mi madre huyó con un maestro de música alemán y se casó con él.

—¿Y después?

—¿Cómo después?... ¿Cabe mayor desgracia? Si mi madre se hubiese casado con aquel señor yo sería hoy día el heredero de una gran posesión; mientras que al presente lo soy de un violón y de algunas piezas de música.

—Hombre, es muy raro eso de no estar satisfecho de su padre.

—Lo estaría, señor, si hubiese podido escoger uno a mi gusto. No quiere esto decir que yo no haya querido a mi padre, no; fué un buen hombre; pero, ¿no pudo ir a casarse con otra mujer que no fuese mi madre? Pensándolo despacio es verdaderamente terrible el que un hijo, que es el verdadero interesado, no tenga el menor derecho a votar a elección de padre.

—Es verdad. De ese modo el barón de Rothschild tendría tan gran cantidad de hijos que sería imposible contarlos.

—Cierto; pero si al menos se hubiese casado mi madre con cualquiera de los pretendientes que hubiesen podido hacer más dicho so a su hijo... El caso es que la fortuna se me mostraba propicia; que yo era su niño mimado; un error me despoja de mis bienes y no llego a ser lo que debía de ser.

—¿Es decir, que no está usted contento de su persona?

—¡Cómo he de estarlo! Sólo como tres veces a la semana unas miserables patatas... ¡Quisiera ver lo que haría usted si estuviese en mi lugar!

—Lo primero de todo, lavarme.

—Déjeme usted de esas cosas. Me abandono expresamente, pues no hay una sola parte de mi cuerpo de la que me halle satisfecho. Odio mis manos, pues son desmañadas; odio mi cabeza porque me es imposible aprender nada; odio mis cabellos porque se resisten al peine. Sé que soy feo y no me lavo por eso, ¿para qué? Yo mismo no daría por mi persona ni un comino. No puedo hacer nada, porque en cuanto me pongo a trabajar me asalta la idea de mi inutilidad.

Tengo envidia de todo el mundo; envidio los trajes lujosos a los hombres elegantes, el talento a los sabios, la gloria a los poetas, la gallardía a los jóvenes, la fuerza a los obreros, la necia y ciega fortuna a los tenderos... Envidio la felicidad de los hombres casados; envidio a todo aquel que sabe, hace o posee cualquiera cosa, pues yo no sé nada, soy incapaz para todo, no poseo nada. Y, sin embargo, debo procurar por mi existencia. A veces, cansado de tanto trabajar, me pregunto por qué trabajo. ¿No sería más acertado el abandonarme, dejar que mis botas se rompiesen, no desnudarme jamás, no comer otra cosa que los mendrugos que arrojan a la calle?... ¿Por qué que rreme a mí mismo cuando no hay razón alguna que lo justifique?

Empecé a comprender que aquella escena tenía más de dolorosa que de grotesca.

—Entonces—le dije—¿por qué viene usted a verme? No puedo creer que se considere usted como un hombre sustituido por otro cuando niño y que pretenda usted cambiar su personalidad por la mía.

—No; pero, no teniendo a nadie en este inmenso Budapest con quien poder discutir, vengo a preguntarle: Si usted se hallase en mi lugar, ¿qué haría usted?

—Vuelva usted dentro de una semana y le contestaré.

Escribí a un amigo influyente pidiéndole un empleo para un joven de talento.

Al cabo de una semana, el extraño individuo hubiese podido tener una colocación.

No le volví a ver durante dos años; creo que alguien me dijo que había muerto.

El otro día se presentó en mi casa.

¡Oh milagro! Iba admirablemente vestido, limpio y elegante.

—¡Vamos, amigo mío, ya veo que le va a usted bien!

—¡Ya lo creo!—me contestó con desenvoltura—. ¡Me he casado!... Sí, me he casado con una mujer hermosísima... ¡Y que me ama!

No puedo describir el tono y la expresión de aquel "¡Y que me ama!",

—Entonces, ya no se cambiaría usted por el heredero del señor Cserependy Pergo Boldiszar.

—No; ¡ni tampoco por el del emperador de la China!

MAURICIO JOKAI.

Serviciotelegráfico y telefónico

de nuestros corresponsales

Madrid, provincias y extranjero.

EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS.

La situación de Marruecos.

Paris, 19 (1'40).

Con fecha 17 comunica de Rabat un enviado especial sus impresiones sobre Marruecos, abarcando la situación política, militar y la seguridad de las regiones que rodean Marrakech.

Los ataques a los convoyes que van a Marrakech han cesado. Todas las fracciones de los Reihanna se han reunido para el restablecimiento de la autoridad y la reconstitución de los servicios de los caides establecidos antes por el Maghzen. En Teda la situación sigue estacionaria. Los grupos hostiles que se forman permanecen inactivos por la discordia que reina entre los jefes. La guarnición francesa, reforzada, está dispuesta a toda eventualidad que se presente en la región. En Mequinez la situación no ha cambiado. Dalbiez partió para Elnayeb y, además de las columnas volantes, pequeños destacamentos recorren cada día las líneas, destruyendo los moro-deadores y gente maleante. En Fez el sultán activa los preparativos de viaje.

La fiesta de Aidzerir se ha celebrado con poca desusada. Los poblados de Uled y Amnan se sometieron completamente al paso de la columna.

Liautey es esperado en Rabat el miércoles o jueves, y desde allí se cree que irá a Marrakech y Mazagán. La pacificación de los Reihanna continúa.

Uno que tiene prisa.—Vedrines.

Paris, 19 (2'25).

Le Petit Parisien reclama viva mente que se ponga fin a las negociaciones franco-españolas. Cree que ello aprovecharía a todo el mundo.

Paris, 19 (2'45).

Dícese que Vedrines a su regreso de América ha declarado que daría enseguida comienzo al raid París-Madrid.

Noticias de Marraqués.

Paris, 19 (5:00).

Comunican de Casablanca con fecha 17 diciendo que en vista de la presencia de elementos hostiles hacia el SE. de Marraqués, se ha declarado en dicha ciudad el estado de sitio.

En Rehanuna la situación mejora. El coronel Lavy ha recibido numerosas Comisiones de las tribus, que han ido a ofrecerle sumisión. El camino que conduce a Marraqués parece seguro.

A consecuencia de la proclamación y reconocimiento de Muley Yusef en Marraqués, su autoridad en todo el país debe ser reconocida.

ULTIMOS PARTES.

La «Gaceta».

Madrid, 19 Septiembre (10 mañana).

La Gaceta publica:

Real orden disponiendo que los aspirantes a la plaza de profesor de Antropometría presenten sus instancias y documentos en la Dirección general de prisiones en el plazo de 30 días contados desde la publicación de la convocatoria en el periódico oficial.

De Fomento.—Real orden a los gobernadores civiles ordenando se dé publicidad, para conocimiento de los emigrantes, del riesgo que corren de ser rechazados al embarcar si padecen la enfermedad de troconia.

Anunciando el fallecimiento en el extranjero de Juan Salomé Pons, casado, de profesión pianista, al cual supónese hijo de Cataluña, toda vez que se carece en absoluto de datos y documentos por los cuales pueda deducirse el verdadero pueblo donde nació.

El Congreso de Estenografía.

Del 26 del corriente al 1.º de Octubre ha de celebrarse en Madrid el X Congreso Internacional de Estenografía.

Figuraba adscrita al Congreso la sección especial de Taquigrafía del Centro Automático de Dependientes de Barcelona, pero este organismo se ha retirado alradamente por no haber sido aceptada su lengua nacional: la catalana.

Hay que advertir que el artículo 12 del reglamento dice: La lengua española es la oficial; sin embargo, cada miembro podrá hablar en su lengua nacional, encargándose algunos de los individuos de la mesa de hacer un extracto en español.

Los taquígrafos catalanes fundan su retirada en la violación de este artículo.

Los ferroviarios

Zaragoza.—Ha despertado gran interés la reunión que han celebrado los ferroviarios.

Asistió a la reunión un delegado, que les indicó que no podían acordar la huelga porque se hallaba sin constituir la sección.

Después de dos horas de discusión acordaron los ferroviarios lo siguiente:

No pasar a trabajar en la red catalana en el caso de que sean reclamados.

Dirigir una carta al Comité de Madrid pidiendo consejo sobre si deben secundar el paro.

Remitir a los compañeros de la línea que pertenecen a la Asociación los boletines preguntando si están dispuestos a ir a la huelga.

Dar cuenta por telegrama a los comisionados de la red catalana de los acuerdos tomados.

Dirigirse a las demás secciones pidiéndoles apoyo moral y material en el caso de que secunden la huelga.

Los acuerdos en cuanto al paro serán ejecutivos cinco días después de la declaración de la huelga por los catalanes.

Se ha constituido la Comisión gestora en sesión permanente.

En el Centro Obrero se reunieron los obreros acordando presentar a los patronos un escrito de bases para el contrato del trabajo.

Piden la jornada de nueve horas.